

La cría de la bestia

(*El Correo*, 11. 02. 1995)

Contra lo que pudiera creerse, en Euskalherria la naturaleza no engendra terroristas como en otros lugares da tomates. Es su sociedad -mediante ciertos tópicos, doctrinas, concesiones...- la que los crea y alimenta. Y después, pero sólo después, es el miedo general el que los reproduce.

Formar un terrorista de ETA requiere ante todo la producción del abertzale radical. Y esta tarea, al fin y al cabo, la de armar a ETA, no se cumple sin el desarme intelectual y moral de buena parte de la mayoría restante. La dejación perezosa o cobarde de muchos hace pasar a menudo por tolerancia lo que es más bien clamorosa carencia de ideas o flaqueza de convicciones.

Ya sólo la entrega acrítica a algunas fórmulas del lenguaje al uso certifica nuestra rendición. Prohibirse el uso del vocablo *España*, y sustituirlo por el vergonzante *Estado* a fin de evitar algún sofoco ante la cuadrilla, es ya comenzar a justificar la barbarie. Condenar aún la violencia *venga de donde venga*, equivale a sostener que tan malo es el uso de la fuerza del ladrón para robar que la del policía para detenerle. Lamentar un atentado etarra por *inútil*, equivale a aplaudirlo cuando resulte eficaz (¿y cuál no lo es, por cierto, si logra extender el miedo?). Distinguir entre la maldad de los *medios* empleados por el terrorista y lo defendible de sus *finés*, significa ignorar que es el probable despropósito de estos fines el que exige el recurso a medios desesperados. Pero, asimismo, aceptar que el euskera es lengua *minorizada* (en lugar de minoritaria), como si su pérdida o desuso fueran resultado de un calculado plan de exterminio, desemboca en el sentimiento de culpa o el afán de revancha a la hora de recuperarla.

Todo ello flota sobre un caldo de cultivo difuso, que no es monopolio de nuestra tierra ni siquiera de la cultura (?) juvenil, pero que aquí y sobre todo entre los más jóvenes contribuye al desastre. He ahí, por ejemplo, ese torpe *sentido igualitario* que vuelve sospechosa cualquier clase de autoridad y disuade en general de obedecer. Es un

espíritu colectivo que invita jovialmente a la participación, pero no al penoso esfuerzo educativo del participante; que estimula la emisión de opiniones, pero que a todas las juzga de igual valor y por tanto las degrada a todas. Como "cada cual tiene derecho a pensar lo que quiera", de esa universal libertad de expresar las ideas se deduce por la brava el deber de todos a respetar cualquier ocurrencia. Y así se mira como síntoma de progresismo o de estilo democrático lo que más bien resulta fruto del resentimiento, o sea, de esa rencorosa impotencia del inferior que le fuerza a no reconocer a nada ni a nadie por encima de su mediocridad.

Y también ese complaciente *sentido popular* que impone el dominio del grupo sobre el individuo, reprueba cristianamente por individualista todo rasgo singular y predica el espíritu de rebaño. Si lo nuestro es bueno tan sólo porque es nuestro, y no porque se haya demostrado bueno, ningún deber más alto que ser de los nuestros y ninguna virtud más honrosa que la consagrada por mi cuadrilla. Hacer piña con los míos y defender en común nuestra causa, aun a costa de la feroz insolidaridad con la mejor de las ajenas, será tenido por muestra indudable de solidaridad. No faltarán antropólogos y otros miembros de las sectas académicas que, al elevar las pautas culturales de esta tierra (como las de los *yanomami* o los *bororos*) a objeto de su saber, ofrezcan la cobertura "científica" de lo que aquí sucede y halaguen de paso la vanidad del aldeano...

Añádase, en fin, el *antiintelectualismo* reinante. Alentado por el más romo pragmatismo que el mercado aconseja, reducidas aún más las ya escasas materias críticas de los planes de enseñanza, el desprecio de toda reflexión es un hecho imparable. Lo que importa es la práctica, menos filosofía y vayamos a lo concreto, una cosa es la teoría y otra la práctica..., se dice sin saber lo que se dice. Como si la realidad fuera la misma para el conocedor y para el ignorante, como si fuera posible una práctica sin teoría o como si la puesta en cuestión de los principios no obligase a revisar sus consecuencias. Y así, en lugar del concepto viene el prejuicio, la doctrina degenera en superstición, el debate cede al bufido. Se ha levantado la veda de todo el

que piense por cuenta propia -pero, bueno, ¿acaso pretenderá convencernos?-, no sea que nos apremie a abandonar la *txistorrada* o el calor del establo.

Como era de esperar, tanta aberración intelectual y moral había de traducirse en la perversión de la mentalidad política que más vocifera. De bastantes de sus categorías ordinarias hay que decir que, antes que antidemocráticas, son simplemente *prepolíticas*. Aquí hay muchos que aún confunden el estado de naturaleza con el paraíso terrenal, el estado civil con una imposición arbitraria, la ley con el expolio de nuestra libertad. Abundan los que se complacen en abominar de la tenebrosa maldad estatal e invocan la inmaculada pureza de una sociedad que nunca existió. Nuestro Código Penal (y pronto el Militar) ha repudiado la pena de muerte, pero ellos reservan a sus colegas la potestad omnímoda de administrarla. Como han oído que la guerra está en el origen de muchos Estados, eso solo basta para maldecir del nuestro y amparar el derramamiento de sangre hasta alcanzar el suyo. Puesto que todo en la convivencia humana es coacción (desde la familiar hasta la económica o religiosa), su coacción física directa es tan sólo una más al lado de las otras. Mejor dicho, como la suya no es más que la respuesta defensiva frente a las demás y la que acabará con todas ellas, su violencia será la única legítima. Ha llegado la hora de que la presunta víctima oficie de verdugo con buena conciencia. Y, desde la repulsa que cualquier poder o autoridad les merece, ¿no será ese verdugo -por rebelde, por héroe- el que deba despertar toda su admiración?.

Viértase semejante repertorio de barbaridades en un molde nacionalista sin desbatar, y veamos qué pasa. Pasa que la historia entera se contempla como una gigantesca conspiración de la que ellos son sus mártires y que ahora les convoca por fin a una acción justiciera. Que los conciudadanos se clasifican en amigos y enemigos, los de aquí y los de fuera, los *jatorras* y la *españolada*. Que la política es la continuación de la *borroka* por otros medios..., sin desdeñar los guerreros. Que la insumisión al Ejército resulta compatible con la campaña de reclutamiento para sus propias huestes armadas. Que no habrá lugar a que el individuo se autodetermine, mientras el pueblo doliente como tal no tenga acceso a su autodeterminación. Y que esta última, en realidad, coincide con una fatal predeterminación, por lo mismo que en este pleito a los

vivos nos toca nada más que someternos a la voluntad de los antepasados y de sus autorizados intérpretes. ¿Qué es, pues, el Estado español? No más que sus cuerpos represivos. ¿Qué Euskadi? La Tierra Prometida. ¿Y la democracia? Una inmensa falacia.

Ya se está a pocos pasos de que uno de éstos empuñe la pistola o disponga el coche-bomba. No digo que todo abertzale radical sea ya un terrorista, pero sí que, siéndolo en potencia, es desde luego un atemorizador en ejercicio. Sus gritos y amenazas, sus gestos y hasta sus votos, están destinados a causar *miedo*. ¿Cuándo se pasa a provocar esa culminación del miedo que es el *terror*? Cuando comprenden que su falta de fundamento no les permite confiar en una lucha política abierta; que su condición de minoría les prueba a cada instante el absurdo de arrogarse la representación general. Pero también cuando, concebida su tarea como una empresa de salvación, sus propósitos han de ser a la vez transmundanos e inmediatos. Desde ellos, tan debido les ha de parecer el recurso a medios mortíferos como menudo el valor de la vida individual si se la compara con la Vida de todo un Pueblo... Sólo falta que se adelante el más bestia de la pandilla.